

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE SANTA ÁGUEDA. ZAMARRAMALA,  
2011.

Ignacio Sanz.

Señoras alcaldesas, queridas mujeres de Zamarramala, queridos amigos:

Antes de nada agradezco al Concejo de Aguederas este honor de invitarme a pregonar la fiesta de Santa Águeda de Zamarramala, tan radicalmente femenina, una fiesta que, al rebufo de los rituales que la articulan, de la riqueza y colorido de sus atavíos, de la alegría musical que la anima y de la hospitalidad que la caracteriza con su vino y su tajada, se ha convertido en un referente decisivo de la defensa de los valores de la mujer. De tal modo que, hablar de Zamarramala, es hablar también de la dignidad y del coraje femenino. Pero, al nombrar a Zamarramala, lo primero que salta al oído en este nombre rotundo es su resonancia. Unamuno, fascinado por su timbre sonoro, lo empleó en un soneto compuesto esencialmente de topónimos junto con Pedraza, Turégano o Madrigal de las Altas Torres. Es como un trallazo impactante que restalla contra el tímpano. Pues bien, el nombre de Zamarramala donde, tras el tajo del Eresma, comienza en Segovia la dilatada paramera de Castilla, está íntimamente ligado con la fiesta de Santa Águeda de Catania, la mártir siciliana a la que, según cuenta la tradición, le fueron cortados los pechos:

“Que cuerten por donde quieran

que cuerten si han de cuertar.

Y le cortaron las tetas

como aquel que cuerta el pan.”

Convertida en patrona de las lactantes, la fiesta de Santa Águeda, desde hace años, para adaptarse a los tiempos modernos, salpicados por la

sombra siniestra de machismo que recorre el mundo, se ha convertido también en una fiesta dedicada al enaltecimiento de la condición femenina. La mujer, que es la amante, la amiga de los canciones medievales, pero al mismo tiempo es la madre insustituible que da no sólo el pecho a los hijos, también la palabra primigenia, la que arrulla el sueño, la que canta las nanas, la que nombra las cosas esenciales de la vida, la que enseña los juegos de mano, el pun, puñete, el cinco lobitos, las retahílas de echar a suerte, los trabalenguas, los juegos de corro en los que los niños, agarrados de la mano, unidos en su fragilidad, giran dichosos entonando una canción liviana tras la que se atisba una visión segura del mundo; la mujer es la que aporta equilibrio al universo doméstico, la que educa el paladar, la que siembra ternura y magia a su alrededor.

Hemos avanzado mucho y caminamos hacia una igualdad efectiva, pese a ciertas inercias históricas y ciertas resistencias trogloditas que, por venir de lejos, están muy asentadas en nuestra memoria genética. Pero también viene de lejos la lucha por la emancipación. Ya Santa Teresa de Jesús, con esa naturalidad socarrona que tenía algo de desplante chulesco, se preguntaba estupefacta ante ciertas discriminaciones machistas de su época: Estos hombres, de dónde se creerán que han salido?

Igualmente combativa se mostraba en Nueva España, México, Sor Juana Inés de la Cruz contra la hipocresía masculina:

“Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.”

Por suerte, desde Santa Teresa o desde Sor Juana Inés, el mundo ha avanzado mucho. Y, pese a todo, los movimiento reaccionarios tratan de frenar cualquier avance en la emancipación y en la igualdad de la mujer. Ha sido preciso el empuje de muchas generaciones para llegar hasta aquí.

Se trata de mujeres inquietas y rebeldes que no han aceptado que la libertad y la igualdad pueda ser fruto de una concesión masculina y que se echaron a rodar por la vida en un afán de conquista.

Pienso en las mujeres de la Institución libre de Enseñanza, que dieron un quiebro a la tradición y a la inercia machista dominante durante siglos en España; pienso en María Zambrano, crecida en Segovia, peregrina por el mundo y que hizo de la libertad y la independencia el motor de su vida. Y, también, en Alfonsa de la Torre, Maruja Mallo, María Teresa León, Carmen Baroja, Josefina Aldecoa, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute o María Dolores Pradera... Mujeres con una vida a veces atormentada que, por encima de todo, han dejado constancia de su creatividad y su rabiosa independencia.

Pero pienso, sobre todo, en esas mujeres que nos rodean, exentas de aureola, mujeres sencillas y anónimas, trabajadoras tenaces que con su aliento hacen más respirable la vida, que nos contagian con su delicadeza. Nos las cruzamos a diario en los supermercados, en las fábricas, en los hospitales, en la universidad, en los institutos, en las oficinas. Se dejan la piel en el trabajo y, además, crean a su alrededor pequeñas parcelas de amor y de sensibilidad. De los enfermos crónicos en el seno de las familias, de los mayores que han entrado en una espiral de cuidados permanentes son fundamentalmente ellas, las mujeres, las que se ocupan.

La gran revolución de las últimas décadas en España, ha sido la revolución de las mujeres que ha cambiado radicalmente el perfil de nuestra sociedad.

Ellas contribuyen, casi siempre en silencio, a que el mundo sea más igualitario y próspero, más confortable, pero también más tierno. Porque, frente a la competitividad exacerbada de los hombres, las mujeres son las depositarias de la ternura, de los mimos, de los arrumacos, de las caricias,

de la canción. Y, como decía León Felipe, ¿Qué sería del mundo sin canciones?

Basta con mirar a nuestro alrededor, con rastrear en la biografía particular de cada uno, para percatarnos de la importancia decisiva de las mujeres en nuestra vida. Ellas enriquecen el mundo, lo hacen más amable y jubiloso. Acodémonos de las madres de mayo, de las mujeres vestidas de blanco en Cuba, de las mujeres afganas que, en la sombra y contraviniendo las leyes severas de la revolución de los talibanes, enseñaban a leer a sus hijas. El mundo está lleno de ejemplos de mujeres corajudas. Y conviene remarcarlo en un día señalado como hoy, en una fiesta ancestral como es la de Santa Águeda, una fiesta orientada en los últimos tiempos a corregir abusos y desigualdades a los que también, a veces por inercia histórica, ha contribuido la propia mujer.

Por mi parte, aprovechando este pedestal, y confiando que sea compartida por muchos de los presentes, voy a hacer una confesión personal para proclamar que sin mi abuela, sin mi madre, sin mi hermana y sin mi mujer, yo sería literalmente un adán. Nunca un pelele, pero sí un adán. Y veo muchos adanes a mi alrededor. El papel de las mujeres sigue siendo decisivo en la historia, pero también en la intrahistoria de cada uno de nosotros; ellas han encauzado nuestra vida y nos orientan en medio de la niebla susurrándonos en cada momento el camino a seguir. Ellas son el equilibrio y el sentido común.

Me veo tan pequeño al lado de las mujeres, tan desvalido, que no puedo sino sentirme dichoso por el espacio decisivo que ocupan en mi vida. Por eso, desde el día lejano que leí estos versos de Ángel González dedicados a una mujer, los hice míos:

“Yo sé que existo  
porque tú me imaginas.  
Soy alto porque tú me crees

alto, y limpio porque tú me miras  
con buenos ojos,  
con mirada limpia.”

Uno intuye que la gente prefiere los sermones cortos. Así que debo de ir acabando para no dar pie a aquel brindis que tiene algo de maldición:

Casi nunca me equivoco:  
desconfío de la gente  
que habla mucho  
y bebe poco.

Y, hablando de bebida, a toda fiesta le viene bien un brindis a modo de remate, un brindis que exprese un anhelo y, en este caso, que incite a la alegría consustancial con el espíritu arrollador de las alcaldesas que, lo he comprobado en Zamarramala y en otros pueblos de nuestra tierra, suelen ser bravas, expansivas y arrolladoras.

Arriba, vinete  
de Zamarramala,  
me vienes al pelo  
para la tajada,  
si tú me la empujas,  
bendita compañía  
con las alcaldesas,  
mujeres galanas,  
tan jacarandosas,  
tan desenfadadas.  
¡Así que pa dentro  
y viva Santa Águeda!

Febrero de 2011. (06/02/2011)